

Enseñanzas que nunca podré agradecer.

Os voy a contar una historia que es absolutamente cierta y que me marcó mucho, cuando era pequeño; además, es uno de los recuerdos más bonitos y, a la vez, más tristes que tengo de mi abuela. Siempre la recordaré cómo lloraba y cómo reía, después de haberme contado lo que le sucedió de pequeña, y eso siempre me marcará en mi vida, porque lo que me dio fue una lección de vida maravillosa, una enseñanza que nunca podré agradecerle.

Estaba con mi padre una mañana, cuando me comentó que íbamos a ver a la abuela, su madre, esa tarde, que estaba muy mayor y que llevaba un tiempo muy malita y, especialmente triste, que seguro que le agradaba vernos. No me gustaba antes ir a casa de las personas mayores porque a veces estaban muy tristes, todo estaba más callado y aburrido y yo prefería tener más alegría, ir a ver a mis primos o a casa de amigos, pero entendía que era bueno ver a mi abuela, primero por su edad, por lo delicada que estaba y después por todo lo que me enseñó, y todo lo que yo me di cuenta que era capaz de darle también a ella.

Cuando llegamos a casa de mis abuelos, mi padre se puso a hacer no sé qué cosas con mi abuelo, arreglar algo del coche, no recuerdo bien, y me quedé con mi abuela en el salón. Hacía frío, era febrero, o quizás enero, el caso es que estaba lloviendo un poco y hacía una tarde de esas que nunca quieres que haga, porque son grises, frías y tristes.

Mi abuela me recibió con los brazos abiertos, con una sonrisa y, como siempre, queriendo que me tomase la merienda, no pude decirle que no, y me preparó un vaso de leche caliente y pan con chocolate. Me gustó verla alegre, pero nada más acabé de merendar me di cuenta de que estaba triste, que había estado llorando, se la veía como ausente, como si su cabeza y sus recuerdos, los de una mujer de más de ochenta años estuviesen en otro sitio.

No puede evitar preguntarle.

-Abuela, ¿qué te pasa?, ¿por qué estás tan triste?, ¿por qué estás con la cabeza en otro sitio?

-Estoy ya muy mayor, Sascha, y ya con esta edad una tiene demasiados recuerdos y demasiadas penas en el corazón, pero no te preocupes, es normal, es lo que le toca a una mujer ya con los ochenta y un años cumplidos, ya no somos tan alegres ni nos gusta bailar y cantar, aunque no lo creas, pregúntale a tu padre, hace cuatro años, cuando tú no tenías más de un añito todavía me vestía de gitana y me iba a la feria de Málaga.

-Lo sé abuela, siempre me lo has dicho y he visto muchas fotos, por eso tienes que estar contenta, o ¿tú conoces alguna abuela con ochenta años bailando en calle Larios?

-Lo que pasa, mi niño, es que aunque esté bien para mi edad, y, aunque haga tan solo unos días fue mi cumpleaños, hoy 7 de febrero es siempre el día más triste del año para mí, porque murieron mis dos hermanas, Paula y Carmen. Y eso no puede hacer más que ponerme triste.

Mi pobre abuelita acababa de cumplir 81 años, fue su último cumpleaños, murió a los pocos días, tenía leucemia, por eso no iba a bailar, que si no, no la pararía nadie. Y aunque estaba triste sabía que me quería contar una historia, una historia que muna me contó mi padre, su hijo, pero que necesitaba saber.

-¿Y cómo paso eso abuela?, ¿cómo que se murieron tus hermanas? ¿Y a la vez? – le pregunté.

-Te lo voy a contar, Sascha, porque tarde o temprano te lo dirá tu padre y es una cosa que tienes que saber, y te la quiero contar yo, que la viví en mis carnes. Cuando yo tenía seis años, en España había una guerra, la Guerra Civil, bueno ya llevaban cerca de tres años.

Hasta entonces nunca había escuchado nada de eso de una guerra en España, después, me enteré de muchas más cosas del tema, cuando me hice mayor; por eso, me gusta tanto la Historia.

Mi abuela continuó con su relato.

-Pues sí, fue una guerra horrorosa, donde se mataban hermanos con hermanos, padres con hijos o vecinos de uno u otro bando, por nada, sin razón ninguna, solo porque un día, cuando estalla la guerra resulta que caes en una parte o en la otra, porque te pilla en un pueblo, o en el pueblo de al lado.

Tú sabes que los políticos, que son esos hombres que siempre están discutiendo en este país, siempre los hubo de dos bandos, de derechas y de izquierdas, yo nunca entendí muy bien que era eso, una no estudió, ni fue casi al colegio, lo único que yo entendí es que a mi padre, tu bisabuelo, lo metieron en la cárcel, primero los de izquierdas, los rojos, porque era empresario, ya ves... tenía un taller de hacer carretas, si esos carros como los que hay en el parque que tiran los caballos.

Y después los de derechas, los fascistas, también lo metieron en la cárcel porque por lo visto tenía empleados marroquíes y los trataba bien, era muy comunista-normal-, si él se crio en Marruecos, se trajo a trabajar a sus amigos...y era un hombre honesto que trataba como amigos a sus trabajadores, cuatro o cinco que tenía, en fin...que no entiendo de política, ni de rojos, fascistas, verdes o amarillos.

El caso es que el 7 de febrero del año 37, de pronto, sin venir a cuento, nos enteramos de verdad que era la guerra, había que irse de Málaga, ¿por qué?, pues porque venían los del otro bando matando a las mujeres y haciéndoles muchas cosas malas. Y a los hombres les daban el paseillo, que no era un paseo, era arrastrarlos muertos. ¡Vamos, como para quedarse!

-¡Eso cómo va a ser, abuela! -respondí yo-. Después he comprobado lo desastroso y horroroso que fue el episodio que me conto mi abuela.

-Sí, Sacha, tu bisabuelo, mi padre, cogió una carretilla, las pocas cosas de valor, no pienses en las cosas de hoy en día, llevábamos la poca ropa indispensable, y con la que no teníamos ni para abrigarnos; por eso, me recuerda este día de frío y lluvia, los pendientes y el anillo de mi madre, tu bisabuela, y algo de comida, no mucho, había poca.

Y empezamos a andar dirección hacia aquí, hacia Torre del Mar (allí vivían mis abuelos), y no solo no paramos aquí, seguimos andando, nosotros y toda Málaga enterita, huyendo de los cañonazos de uno o dos barcos que disparaban desde el mar. La gente corría, y seguía

corriendo. Lo peor fue cuando además empezaron a venir aviones, decían que eran alemanes, yo no sabía qué era eso. Tu bisabuelo nos ató por la cintura a los siete hermanos, y mi hermana Ángeles la mayor, la primera, atada a la carreta. Así andando, corriendo a veces, hasta mas allá de Maro, y cada dos por tres un cañonazo o una ametralladora de los aviones. ¿Cómo pueden soldados matar a personas normales, mujeres, ancianos y montones de niños...?

El caso es que de un cañonazo solo recuerdo que me caí por un precipicio. La bomba había derribado medio acantilado, por ahí por la carretera después de Nerja, donde soléis ir a la playa, por donde las playa de las piedras. ¿Sabes?

-Sí, abuela. Respondí sin dar crédito a lo que estaba oyendo, la vida de mi abuela era como sacada de una película, una película de miedo y guerra.

-Cuando me desperté habían pasado varias horas y una señora me vio moverme entre la tierra revuelta, atada de la cintura de mis hermanas Carmen, con 8 años y Paula, de 9. Ellas estaban destrozadas por la bomba. A mí me dieron también por muerta. No pudieron ni parar a recoger los cadáveres.

La señora resultó que me conocía porque yo vendía almejas en el Perchel, y todo el mundo conocía el taller del Carretero, mi padre, tu bisabuelo. Y buscó a mis padres, ya cerca de Motril. ¿Cómo no quieres que estés triste en un día así?

-Abuela, lo que tiene que estar es alegre, es tu segundo cumpleaños y siempre lo celebraremos.

Ella se echó a reír y me abrazó. Fue el último día que vi a mi abuela. Mi padre no quiso que fuese más veces porque ya estaba muy mal, y ella tampoco quería que la viésemos así.

Después he sabido por parte de mis padres, también porqué le dieron un nombramiento en el Ayuntamiento, a sus hermanas vivas, a ella, y a las que murieron, además de a muchos otros miles de personas inocentes en una guerra estúpida, no como todas, sino más estúpida aún.

Ese triste, vergonzoso e inhumano episodio de la guerra más denigrante que ha habido no es muy conocido para muchas personas, pero no debemos olvidarlo, por la atrocidad y lo que significó para muchas personas inocentes. Se le conoce como *La desbandá*, en un malagueño cerrado, y es reconocido como uno de los grandes genocidios del siglo XX, además cometidos entre hermanos. Hemos de hacer que no se olvide por respeto a todos ellos.

Entonces entendí el esfuerzo tan grande y la vida tan dura que nuestros abuelos tuvieron, y lo que lucharon, primero por sobrevivir, y después por darnos unos valores y una vida a nosotros, y eso no debemos olvidarlo nunca, y menos aún en épocas como la de ahora, que es cuando más nos necesitan. Lástima que la mitad de los míos ya no vivan.

Sascha Delgado Gil

1ª ESO-D